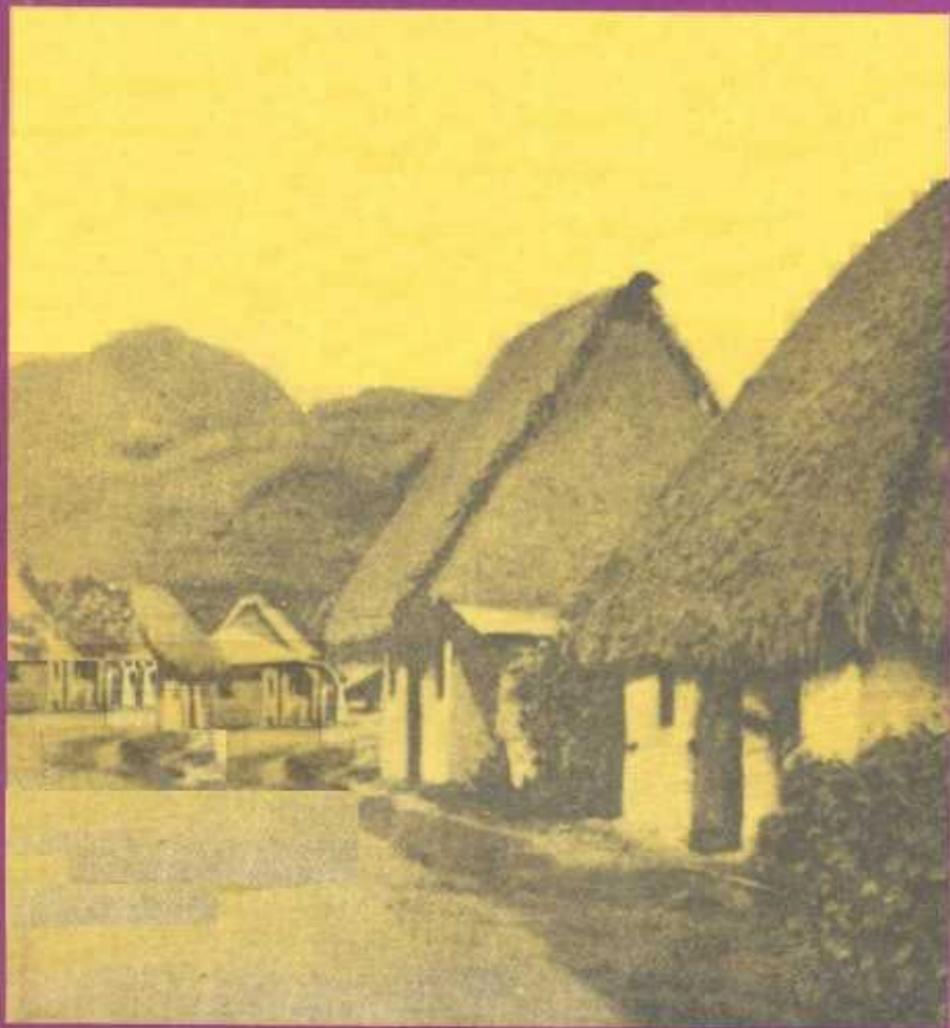


gil blas tejeira
**CUATRO
CUENTOS INEDITOS**



MAC

COLECCION MULTIPLE / CUENTO

**CUATRO
CUENTOS
INEDITOS**

**EDICIONES
INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA
PANAMA, 1977**

COLECCION MULTIPLE Nº 11

SECCION CUENTO

***Derechos Reservados, INAC**

Apdo. 662, Panamá 1, R. de Panamá

HECHO EN PANAMA

GIL
BLAS
TEJEIRA

**CUATRO
CUENTOS
INEDITOS**

EDICIONES
INAC
PANAMA
1977

A MANERA DE PROLOGO

Escribir el prólogo a una obra de Gil Blas Tejeira representa una tarea muy grata para quien, como yo, siente una altísima admiración y simpatía por su personalidad literaria de contornos tan definidos y ejemplares.

Gil Blas Tejeira es y será para los panameños un muestrario de las más ponderables virtudes ciudadanas. Formado en un ambiente rural en contacto con un pueblo sano y emprendedor, supo extraer del terruño sus verdaderas y más profundas esencias, las cuales proyectó en forma plena en todas sus producciones.

Trabajó en el periodismo de Panamá por varias décadas y creó personajes y columnas que sirvieron en nuestro medio para llevar luz a muchas conciencias y señalar caminos de superación a todos los panameños ansiosos de elevar culturalmente a la patria.

Su obra escrita es vasta y múltiple, ya que por su oficio ejercitaba la pluma en forma diaria; pero aparte de esta contribución importante, su amor por la bella y amena literatura lo cautivaba tan irresistiblemente que, en medio del tráfico que reclamaba todas sus facultades físicas y mentales, creaba tiempo para hacer incursiones en el estudio de la obra cervantina, en la novela y el cuento, y los relatos costumbristas.

En esta época de ciencia y tecnología, en que el hombre ha logrado llegar hasta la luna y poner un

aparato electrónico en el suelo de Marte; en que todo nos resulta más fácil y asequible gracias a los inventos de los técnicos y científicos; todo este cúmulo de extraordinarios avances, nos esclaviza cada vez más a lo material y pragmático, por lo cual el mundo espiritual del ser humano pareciera perder o encoger sus dimensiones al mismo tiempo que nos acerca más y más al predominio de la bestia. La guerra continúa siendo el deporte favorito de los poderosos de la tierra: cunde la destrucción y se siembra la muerte con armas cada vez más mortíferas para acallar a los hambrientos o a los que claman por disfrutar de una vida mejor. La deshumanización se apodera de los corazones en proporción que crece por los efectos de la

quien después de haber acumulado una maciza experiencia de la vida, que no fue siempre feliz para Gil Blas, podía dejar un hermoso testimonio de lo que bulle en las mentes y corazones del ser humano. Son cuentos edificantes e inspiradores, creados por quien deseaba ennoblecer y humanizar a sus lectores con hechos y sucesos ficticios, pero verosímiles, para ejercer una función docente sin proponérselo.

Estoy seguro que los cuentos de Gil Blas serán recibidos con placer por grandes y chicos, y dejarán en los lectores el sabor de lo que tiene la virtud de agradar sin alcanzar el punto de saturación de lo que empacha.

La imaginación creadora de Gil Blas ha concebido y realizado cuatro narraciones que bien merecen el calificativo de ejemplares, tal como lo había entendido el famoso Miguel de Cervantes Saavedra, padre espiritual de Gil Blas Tejeira, consagrado escritor nacional, a quien veneramos y ofrecemos una prueba más de nuestra amistad.

ISMAEL GARCIA S.

Panamá, 7 de setiembre de 1976.

LAGALLINADEDESIDERIO

—Desiderio tiene una gallina que cada día le pone un huevo de oro— declaró Esteban, el lleva-cuentos del pueblo, ante un grupo de vecinos de Tecla que se había formado a la salida de la iglesia.

—Tú siempre con tus cuentos de velorio— le replicó don Mauro, tecleño que poseía una buena hacienda que le permitía llevar vida despreocupada. —¿De dónde has sacado tú semejante embuste?

—Jamás ha habido gallina que ponga huevos de oro— observó Rosendo, el feo del pueblo, dueño de un negocito de medicinas de patente con pretensiones de farmacia. —Hay una fábula que trata de un hombre que tenía una gallina que ponía huevos de oro y que su dueño mató para sacarle de una vez todos los huevos que, según sus cálculos, llevaba en sus entrañas. Pero eso es sólo una fábula que nos enseña a no ser ansiosos.

—En el mundo ocurren muchas cosas que nosotros no entendemos— explicó Esteban con convicción. —Ustedes acaban de oír la prédica del padre sobre los milagros. El nos dijo que para Dios nada es imposible. ¿Qué le cuesta a El, que hizo el mundo de la nada, darle a Desiderio, que ha sido un hombre de tan buenas costumbres, una gallina que ponga huevos de oro?

—No seas bruto— le aconsejó Martín, el carpintero de Tecla. —Es cierto que Dios puede hacer lo que quiera, que para El nada es imposible. No hay más que verte a tí para creer en milagros porque teniendo forma de hombre eres una mezcla de burro y loro porque eres bruto como un burro y hablas que ni loro de solterona.

Los concurrentes soltaron un coro de carcajadas y Esteban amostazado, sintió el impulso de lanzarse contra su increpador, pero se contuvo al considerar que no era él, débil de músculos y menguado de estatura, quien pudiera medirse a los puños con el carpintero, seis pies de fuerte anatomía y tenido como el

mejor peleador del lugar. Se aguantó su cólera y se limitó a decir:

—Yo seré todo lo bruto que tú dices, pero juro por lo más sagrado que Desiderio tiene una gallina que pone huevos de oro. Yo vi con estos ojos que se han de comer la tierra, hace apenas un par de días, cuando él entró donde Harpagón, ese viejo miserable que presta plata y arruina a quien se la presta, pararse ante el mostrador y sacarse del bolsillo un pañuelo anudado como bolsa, lo desanudó y puso ante los ojos del avaro algo que tenía el tamaño y la forma de un huevo y que era de color de oro. El miraba a todos lados como quien no quiere ser sorprendido, pero yo me había encaramado en el palo de mango que está a la entrada del negocio de Harpagón y podía ver sin ser visto. Harpagón cogió el huevo y lo metió en la caja fuerte y le entregó a Desiderio unos billetes y unas monedas. Yo no pude ver qué cantidad entregó, como tampoco pude oírles la conversación.

—Y en eso despertaste, ¿verdad, Esteban? —apuntó un concurrente de nombre Felipe, apodado Pata-e-tigre porque tenía un pie engarrafuñado.

—No, Pata-e-tigre— explicó Esteban. —Cuando desperté fue la vez que soñé con tu madre.

—Mira, Lleva-y-trae del carajo, a mí nadie me la mienta sin que la pague— replicó Felipe mientras se desceñía el cinturón con intención evidente de azotar a Esteban, lo que hubiera llevado a cabo de no haberse interpuesto los del grupo.

Esteban creyó prudente emprender la retirada, no sin antes profetizar:

—A todos ustedes los he de ver pidiéndome perdón cuando se convenzan de que les acabo de decir la verdad. Desiderio tiene una gallina que le pone cada día un huevo de oro y la tiene desde hace por lo menos seis meses. Fíjense que ni él, ni sus tres hijos, ni sus dos hijas, aunque todos están ya crecidos, trabajan desde hace más de cien días. Y para no trabajar hay que tener de qué comer.

Ido Esteban, los concurrentes se dispersaron convencidos de que Lleva-y-trae jamás dejaría de ser el embustero de siempre.

II

Fue en el velorio de la señora Aniceta, una vieja beata que gozaba de mucha estimación en el pueblo porque era muy diligente en ayudar a todo el vecindario en sus dificultades caseras, especialmente cuando había enfermos. Ña Niceta, como era llamada corrientemente, no tenía pariente alguno en Tecla, pero todos los tecleros la apreciaban como de sus familias. En sus largos años de vida con los del lugar, jamás reveló de donde venía y menos lo que la había decidido a abandonar sus lares para establecerse en Tecla. Ya era cuarentona cuando allí se instaló en una casita de teja barata que compró de contado. Era buena moza y presumida, por lo que no le faltaron pretendientes, a los que desdeñó con cortesía limitándose a decir:

—Ya yo no estoy para coger obligación. Cuando lo hice, me fue mal.

Jamás se oyó decir que Ña Niceta le pidiera dinero a vecino alguno, ni en préstamo ni menos aún como dádiva. Medró de una especie de ventorrillo que había instalado en su casa, estratégicamente situada a la entrada del pueblo que daba hacia la montaña. Compraba a los campesinos cuanto trajeran en venta y de la reventa hacía una modesta ganancia. Además, rallaba yuca para hacer almidón y de tarde en tarde compraba cerdos a un hombre de un campo inmediato, los que vendía a los vecinos en presas y en muy bien reputados chicharrones.

Cuando Ña Niceta se creyó cerca de la muerte llamó a una vecina auxiliar suya, a la que decían Chana la Virgen, justamente porque nadie en el lugar podía precisar cuándo había dejado de serlo y era madre de dos hijos de distintos padres.

—Chana— le dijo —llámame al Padre para que me confiese. Sé que me voy a morir y que un médico nada podría remediar. Además, aquí no hay ninguno y no vale la pena hacer venir al del pueblo más inmediato.

Murió la buena señora en gracia de Dios. Si algo hubo de malo en su pasado, sólo el cura del lugar llegó a saberlo bajo el secreto de la confesión. Sus escasos bienes pasaron a manos de Chana la Virgen por verbal disposición testamentaria de la dueña ante varios testigos.

Velaron a Ña Niceta con todas las de ley. Enterráronla al día siguiente y se le celebró el novenario tradicional en el patio de su casa sombreado por un nance, un papayo y un mango. En las noches de vela hubo rezos, cuentos, chismes y café que repartió oficialmente Chana la Virgen. Y, naturalmente, se habló de la gallina de Desiderio.

—Como ustedes habrán observado— comentó una vecina conocida por Nena la Canalera, por haber vivido en un pueblo de La Línea en tiempos del Canal Francés, —ni Desiderio, ni ninguno de sus tres hijos varones, ni Cloti su esposa, ni sus dos hijas, se han hecho presentes. Ellos no fueron al entierro y ellas no

han venido a los rezos. Y es porque poco es el tiempo para estar cuidando la gallina.

—Tienes razón, Nena— convino la comadrona de Tecla, llamada Chinta por Jacinta. —Algo raro debe estar pasando en esa casa.

—Además— reanudó La Canalera— Petita y Toña, las dos señoritas de la casa, hicieron no hace mucho un viaje a la Capital y vinieron cargadas con unas togas que por aquí no se acostumbran. Van a misa muy enguantadas y ensombreradas y en casa usan mitones. Federico, el mentado Pico, Gumercindo, a quien llaman Gume, y Goyo, como apelan al Gregorio, ya no tumban monte ni atienden las cuatro reses que tienen en el potrero llamado “Los Duendes”. Cualquiera día pasa por aquí un cuatrero y se lleva los animales sin que ellos se den cuenta por estar atentos a los huevos de la gallina.

—A ese tal Pico ni me lo mienten. Si por mí fuera, muerto taría —dijo una tuerta conocida por Sinfracia. —Me hizo una que no se la perdonaré nunca.

Hubo un murmullo de risas ahogadas. Todos conocían el caso. La Sinfracia, lavandera de las mejores familias de Tecla, toleraba todo menos que se le llamara Tuerta. Era dueña de una lora y como la casa de Desiderio quedaba camino del río, cayó en dejar al ave parlera al cuidado de Pico, el hijo mayor del hombre de la gallina. El muchacho se quedó con la lora por varias semanas y la dueña muy contenta de tener

con quien dejarla. Mas un domingo, día en que ella por nada del mundo sacaba siquiera una paloma, la lora desde la estaca de la salita de su dueña comenzó a gritar:

— ¡Tuerta Sinfracia! ¡Tuerta Sinfracia!

¡Para qué fue aquello! La dueña, indignada, se armó de una raja de leña y errando unos golpes y acertando otros, dio fin a la vida de la parlera.

El suceso fue motivo de comentarios en todo el pueblo, si bien nadie aludía a él delante de la tuerta. Mas una maliciosa de las asistentes al novenario, con apariencia inocente y malévola intención, preguntó:

—Sinfracia. ¿Y por qué le tienes tú mala ley a Pico, que es un mozo tan bien entretenido? Es verdad que tiene fama de trujano, pero en el fondo no es mala persona.

—Yo me entiendo y Dios me entiende— respondió la tuerta como para ponerle punto final al asunto.

La conversación retornó al tema principal: la gallina de Desiderio.

—El que ta que revienta de gozo es ese viejo avaro de Harpagón— apuntó La Canalera. —En verdad, yo no sé de que le sirven esos huevos de oro que sin duda compra por un décimo a lo sumo de su precio, si sigue viviendo tan pichirre como antes. Dicen que lo único que compra en la carnicería es paleta

y mondongo por ser las presas más baratas. No tiene carga de hijos ni de mujer. Le cocina un muchacho flaco y desgarrado que trajo no sé de dónde a quien le dicen Muerte, porque es un mismísimo esqueleto. Dicen que una vez procuró a la finada Niceta, pero ésta, como ustedes saberr, despreció a partidos más jóvenes y menos miserables que él.

—¿Pero ustedes no se han fijado— intervino una contertulia de nombre Sinforosa— que desde hace pocas semanas Harpagón tiene un empleado? Parece que se trata de un platero muy diestro que está convirtiendo el oro de los huevos en prendas. Aquí no las vende porque dice que no hay tecleño que tenga plata para comprarlas. Pero a las hijas de Desiderio les ha vendido unas cadenas chatas y unos zarcillos que son un primor, hechos sin duda con el oro de los huevos. ¡Cómo se los habrá tragado el muy avaro! Comprando oro barato para vendérselo después caro al mismo a quien se lo compró.

—Esa es la ley del comercio, señora— apuntó la señorita Aminta, llamada así porque era maestra de escuela y es la costumbre de los pueblos llamar señorita a toda maestra, aunque sea señora. —Siempre nuestro país vende barato lo que produce para comprarlo más tarde caro. Poco cuesta una libra de cacao y mucho una pasta de chocolate forrada en papel plateado y cubierta con uno amarillo con muchos sellos extranjeros.

—Sea como fuere— sugirió La Canalera— ya es hora de que los hombres de este pueblo investiguen.

Tú, Tomasa, ¿por qué no le dices a Mauro que haga una reunión? Porque si es verdad, y ya parece que si lo es, que Desiderio tiene la tal gallina, hay que averiguar dónde, cómo y cuándo la consiguió y si es justo que él sea el único beneficiario de los huevos.

— ¡Jesús, hija! Pero si es que tú te has olvidado de cómo es mi marido. A Mauro se le pasea el alma por el cuerpo. Además, él no cree en la tal gallina. Dice que todo es embeleco de Lleva-y-trae de Esteban y que él no se preocupa por las invenciones de un atabardillado. Mauro sólo se preocupa por jugar todas las noches su partida de billar y por vender una res cada vez que se le acaba la plata de la última que vendió.

—Petronila— dijo La Canalera volviendo el rostro hacia otra de las asistentes. —Tú, que eres la de más amistad con el Padre Lorenzo. ¿Por qué no le tratas el asunto para ver qué piensa él?

La aludida, que era la más asidua a la iglesia y la que barría y arreglaba la casa cural, contestó:

—El Padre Lorenzo se ríe de ese cuento, aunque la verdad sea dicha, desde que oyó en confesión a la finada Niceta, que en paz descansa, parece muy preocupado. Algo le dijo la difunta en relación con la gallina, pienso yo.

—Pues si los hombres no se mueven, nos moveremos nosotras —sentenció La Canalera. —En cuanto termine el novenario nos plantamos donde el Alcalde

para que proceda a investigar. Y si es verdad lo de la gallina, hay que llevar el asunto a un tribunal. Yo opino que un animal tan valioso no puede ser propiedad única de una familia y que Desiderio no tiene más derecho a ella que nosotras. ¿Saben ustedes todas las cosas que se podrían hacer con esos huevos si se declararan propiedad de Tecla? Un huevo por día son trescientos sesenta y cinco huevos por año y uno más cuando es bisiesto. Necesitamos una escuela nueva, un hospital, acueducto, alcantarillado, arreglo de calles. Yo para mí no quiero nada, que a Dios gracias tengo de qué vivir. Pero Tecla vive en miseria. Es el pueblo mejor situado de los veinte que hay en esta región. Por aquí tiene que pasar todo el que transita de un lugar a otro y hasta los que van para la Capital. Pero cuando llueve mucho crecen los ríos y quedamos aislados. Además, los caminos son malos. Necesitamos un puente si es que aspiramos a ser puente de pueblos.

Era ya avanzada la noche cuando las rezadoras y murmuradoras del novenario de Ña Niceta se resolvieron a regresar a sus respectivas casas.

—No olviden lo que les he dicho, niñas— fue la frase de la despedida de Nena La Canalera.

III

La casa de Desiderio hacía esquina a la plaza del pueblo. Era de apariencia modesta, de poco frente pero mucho fondo. Las paredes eran de quincha blanqueadas con cal. Una puerta de dos hojas daba entrada a la sala. Dos ventanas montaban guardia a uno y otro lado de la puerta. Ventanas y puertas estaban pintadas de verde.

De la sala se pasaba al comedor, en el que estaba instalada una mesa rectangular con capacidad para diez personas. Diez taburetes de cuero con tachuelas doradas rodeaban la mesa. En un rincón, sobre recio banquillo se acuclillaba una bermeja tinaja con tapa de madera labrada. Tras de la tinaja se erguía una tablilla orlada con vasos y jarros de barro rojo. Una jarra de hojalata dentada colgaba de un clavo. Era dentada para impedir que alguien bebiera directamente de ella. Se usaba para sacar el agua de la tinaja y vaciarla en el jarro o el vaso de que se iba a beber.

La casa se prolongaba hacia el patio por un zaguán a cuyo lado derecho había un amplio cuarto separado de la cocina por una pared.

En el patio se levantaban varios mirtos y naranjos y un calabazo en cuyas ramas se acomodaban las gallinas al tiempo de dormir.

Una jaula de gruesos barrotes, más protegida que una fortaleza, se hallaba al fondo del patio rodeado éste por un alto muro defendido en su lomo por bote-

llas rotas fijadas en cemento con los filos hacia arriba, lo que resguardaba la casa de virtuales “bicheros”, como eran llamados en Tecla los que acostumbraban hacer sancochos nocturnos con gallinas robadas.

Dentro de la jaula, a cuyos lados estaban encadenados dos perros bravos, había una gallina que en nada se parecía a las otras que bichaban en el patio. Era tan grande como las más de sus presuntas congéneres y hubiera pasado por una de ellas de no ser por su plumaje acerado, grifo y de rojo vivo, su cresta descomunal y sus ojos, que parecían dos pequeñas brasas y que estaban colocados de frente, como los de los seres racionales. Además, no cacareaba. Tenía la rara virtud de no consumir alimento alguno. Las otras aves no se atrevían a acercarse a la jaula y el gallo sultán del gallinero jamás extendió ante ella su ala invitadora al amor.

La propiedad de la familia Padilla, que tal era el apellido que Desiderio heredó y traspasó a sus hijos, se prolongaba en una hacienda de unas catorce a quince hectáreas sembradas de yerba, en las que pastaban unas quince reses. Un “asiento” de árboles tropicales se levantaba en medio del potrero para proteger una casita de techo pajizo y un fogón de hornilla. La propiedad estaba distante del pueblo unos tres cuartos de hora a caballo y por lo menos el doble a pie.

La vida de los Padilla había pasado tan chata como la de cualquiera otra familia de Tecla hasta cuando se presentó la gallina. Desiderio la trajo de “Los Duendes”, que era el nombre de la finca, antes

de prima noche, hacía cosa de ocho meses o más. ¿Dónde la encontró? ¿Quién se la dio? ¿Cómo supo él que tenía la virtud de poner huevos de oro? Desiderio se negó siempre a decirlo.

Cuando regresó a su casa con la gallina en la mano, la llevó directamente al comedor donde su mujer y sus cinco hijos ya se habían acomodado a la mesa para consumir la comida vespertina. Desiderio mandó a la cocinera a comprarle un real de tabaco a la abarrotería más alejada de su casa pretextando que sólo allí se lo vendían “ambalemos” de su gusto y una vez a solas con su tribu, zumbó el trompo:

—Oye, Cloti y oigan también ustedes mis hijos todos. Fíjense bien en esta gallina— dijo levantando el ave a la altura suficiente para que la familia la apreciara bien a la luz de la lámpara respaldada por un cóncavo reflejo. —¿Se han fijado bien? ¿Han notado que esta grifa tiene un plumaje que no se parece a ninguna de las muchas que hemos conocido y conocemos? ¿No les llama la atención que tenga los ojos de frente como criatura racional y que despidan luz? ¿Han visto ustedes jamás gallina hembra con una cresta tan grande y tan roja? Pues bien, esta gallina viene a hacernos ricos. Esta noche dormirá debajo de la cama de nosotros, Cloti, muy bien amarrada a una pata.

Ahí estará hasta cuando la protejamos en una buena jaula y le pongamos a Nerón y Togo por centinelas. No hay que preocuparse por alimentarla porque ella no come, ni por excrementos porque ella no los tiene. Mañana temprano pondrá el primer huevo de oro. Somos ricos.

Quien primero manifestó su estupor, a buen rato después de haber hablado Desiderio, fue su mujer:

—Desiderio, no te conozco. Después de tantos años de estar contigo y de haberte dado cinco criaturas, es la primera vez que te oigo hablar fuera de tus cabales. Te he tenido siempre por cristiano juicioso y nada amante de fantasías. A tu lado he pasado privaciones y bienestar hasta donde es posible en matrimonio pobre y por primera vez ahora hablas como si estuvieras farto de verdad. ¿De dónde sacaste ese cuento y de dónde sacaste esa gallina?

—No es cuento, mujer, tú lo verás. La gallina está aquí y no se parece a ninguna otra. De dónde la saqué, nunca lo sabrás porque si lo digo se rompe la maravilla. Tienes hasta mañana temprano para saber si estoy farto. No tienes sino que esperar.

—Papá— intervino Federico— mejor es que nos olvidemos todos de lo que acabas de decir porque si la gente lo sabe va a creer que usted está loco y yo voy a ser la primera víctima porque si ahora me dicen Pico por Federico, darán en decirme Pico-e-gallina. Hasta la tuerta Sinfracia se va alegrar de que me motejen así y se sentirá vengada de lo de la lora.

—La verdad, papá, es que esa gallina no se parece a ninguna otra y hasta infunde miedo, pero eso de que ponga huevos de oro es cosa de fábula —opinó Gumercindo, el segundón.

—No quiero oír más opiniones— sentenció Desiderio para detener los comentario que ya veía venir

por parte de sus dos hijas y del tercero de los hijos. —Ni una palabra más sobre el asunto y menos delante de la criada que aunque tiene fama de poco hablar, puede desatársele la lengua.

La gallina fue amarrada a la pata de la cama matrimonial y la familia trató en vano de hacer tertulia. Nadie tenía nada que decir que no fuera de la gallina.

Hubo la suerte de que esa noche no llegara a la casa visita alguna. La familia, como de costumbre, hizo velada en la sala pero ininterrumpida y sucesivamente cada miembro de ella se metía al cuarto a ver la gallina misteriosa que miraba a los curiosos con sus ojos ígneos que parecían carentes de párpados pues jamás se les vio cerrados. Sus miradas llenaban de misteriosos temores a sus dueños, quienes pasaron la noche en sueño angustioso e intermitente.

IV

No bien amaneció Dios cuando los siete miembros de la familia Padilla se encontraban todos en el dormitorio del matrimonio, mirando asombrados a la gallina que, erguida como si careciera de coyunturas para echarse, miraba a sus dueños con ojos desafiantes. ¡Y junto a la gallina había un huevo amarillo, tan grande como los que ponían las más robustas pelonas!

Desiderio se agachó para recoger el raro objeto.

—Todavía está tibio— dijo mirando a su mujer.
—Tómale el peso. Es de oro macizo, te digo.

La señora Clotilde, entre curiosa y asustada, extendió su mano derecha abierta. Desiderio depositó en ella el extraño objeto, el que pasó de mano en mano a toda la prole. No cabía duda: aquello era oro. No había sino que llevarlo a examinar donde Harpagón, que era la única persona en Tecla que podía determinar con certeza los kilates y el precio de aquello.

—No quiero que se comente una palabra de esto— declaró Desiderio. —Hoy es domingo y Harpagón tiene cerrado su negocio. Ahora, a actuar como si nada hubiera ocurrido. Nos desayunamos, nos vamos a misa a dar gracias a Dios por la maravilla que nos ha deparado y a procurar que la criada no se informe. Tú, Clotilde, si vas a confesarte como es tu costumbre, no tienes por qué decirle nada al padre Lorenzo.

Tener una gallina que pone huevos de oro no es pecado. Además, el cura podría no creerlo y tenerte por embustera, o creerlo y pensar que algo tiene que hacer el diablo con esto. Mañana temprano yo iré a ver a Harpagón y en vez de un huevo le llevaré dos. Ya veré cómo entendérmelas con él sin dejarle saber la verdad. Le diré que los huevos me los encontré en una huaca que yo sólo sé dónde queda y de lo que a nadie daré cuenta.

—Desiderio, todo está bien pero lo que es esa gallina me la sacas de aquí ahora mismo— dijo Clotilde. —Yo no podré dormir más tranquila con este animal en mi cuarto. En toda la noche apenas he pegado los ojos, con los suyos fijos en mi mente. Aquí hay cosa de hechicería y yo no quiero comprometer la salvación de mi alma.

—Ese no es problema, mamá— terció Federico. —En el cuarto de nosotros puede estar muy bien. Tres hombres no vamos a temer a una gallina aunque los ojos le brillen más que de cocuyo y ponga huevos de oro.

—Así será— aceptó Desiderio —pero sólo mientras yo consiga que Martín me haga una jaula todo lo recia que sea posible. Mañana mismo le voy a hablar. Pero no. Después se entera y se va de lengua. La jaula la vamos hacer nosotros mismos. Somos cuatro hombres y madera y clavos se consiguen en cualquier parte.

—De todos modos, Desiderio— insistió su mu-

jer— ésto no puede seguir adelante si tú no nos expli-
cas de dónde sacaste esta gallina.

—Mujeres curiosas que han desgraciado a sus ma-
ridos por querer saber más de la cuenta abunda en los
cuentos, Clotilde, y en uno de ellos se dice que el
marido le sacó a una la curiosidad del cuerpo tras
haberle propinado una latiguera. Con que no la bus-
ques y a callar— amenazó y aconsejó Desiderio.

Terminaba sus palabras el jefe de la familia cuan-
do entraba la criada. Fijó sus ojos en la gallina y ésta
avanzó hacia ella con pasos estirados a fuer de solda-
do alemán. Ana dio un grito de horror y echó a correr
hacia el patio. Doña Clotilde y sus hijas trataron de
tranquilizarla y luego Desiderio le dijo:

—Esa gallina que acabas de ver es una gallina
como cualquiera otra y no tienes por qué temerle. Te
aconsejo para tu bien que no vayas con hablantinerías
por el pueblo. Ya lo sabes.

V

El lunes temprano al abrir Harpagón su negocio, ya Desiderio estaba a la puerta. Invitó a pasar el avaro y así lo hizo el invitado, quien tras breve vacilación expuso:

—Señor Harpagón. Yo le traigo un negocio. Mire.

Desiderio extrajo de un bolsillo un pañuelo anudado a manera de bolsa, soltó los nudos y presentó a los ojos atónitos del usurero los dos huevos que había puesto la gallina. Harpagón los tomó en sus manos, les tanteó el peso y con visible asombro comentó:

—Por el color y el peso estos huevos son de oro, pero para estar seguro tengo que examinarlos bien. Espere un momento.

Dicho lo cual Harpagón se llevó los raros objetos a la trastienda y a poco volvió para decir a su cliente que, en efecto, eran de oro, que no podía determinar aún los kilates, pero que estaba dispuesto a pagarlos bien. Desde luego, él quería saber la procedencia de aquellos huevos porque no deseaba que más tarde se le presentaran dificultades.

—Yo no le puedo decir la procedencia de estos huevos —arguyó Desiderio. —Mas usted me conoce muy bien y sabe que soy un hombre honrado. Supóngase que me los encontré en una guaca india. Ahora, si usted no quiere comprarlos no he dicho nada y me los llevo.

Cuando Desiderio hizo el gesto de tomar los huevos para acomodarlos en el pañuelo, Harpagón lo detuvo con un gesto entre suplicante e imperativo.

—No, por Dios. De ninguna manera— dijo. —Yo se los voy a pagar de una vez. Cien pesos por los dos.

—Es poca plata, Harpagón— replicó Desiderio. —Además, yo le prometo traerle todos los días uno igual, pero a precio mejor. Por lo menos doble.

El avaro, tras hipócritas protestas, entregó a Desiderio doscientos pesos en billetes y guardó los huevos en la caja fuerte. Cuando el cliente lo dejó solo, se restregó las manos con satisfacción mientras murmuraba: “No sabe el estúpido éste lo que he ganado y lo que él ha perdido.

Religiosamente Desiderio siguió llevando a diario un huevo de oro donde Harpagón. Ya iban por la docena cuando el avaro propuso:

—Como esto va para largo, yo deseo que formalicemos un contrato por el cual tú te obligas a traerme diariamente un huevo de oro y yo a entregarte cien pesos al recibirlo. No es desconfianza sino que yo necesito para poder conseguir dinero con qué pagarte, mientras los huevos se negocian más adelante o se transforman en prendas, dar una seguridad de solvencia. No es necesario un documento notarial sino que basta que los dos firmemos un papel que nos obligue, a ti a venderme y a mi a comprarte un huevo diario.

Desiderio pensó que nada perdía con acceder a lo que él creyó capricho de Harpagón, por lo que firmó sin titubeos el papel que ya el avaro tenía preparado, escrito en letra cursiva y de sólo dos párrafos.

No fue sino al llegar a casa cuando Desiderio comenzó a preocuparse por lo que había firmado. En uno de los párrafos Harpagón había metido dos palabras: “a perpetuidad”. El, Desiderio, se obligaba “a perpetuidad” a proveer a Harpagón de un huevo de oro diariamente, a cambio de lo cual, recibiría cien pesos diarios. ¿Era eterno él? ¿Lo era acaso Harpagón? ¿No moriría nunca la gallina? Además, Desiderio se comprometía a no vender huevos de su gallina a nadie que no fuera Harpagón.

Desiderio resolvió no decir nada por lo pronto, ni a su mujer ni a sus hijos, del convenio que había firmado.

VI

Pasaron días, muchos días. Cada vez crecía más la inquietud de los tecleños por lo de la gallina de Desiderio. Ya hasta los más escépticos comenzaron a darle asenso a lo que al principio calificaron de cuento. Harpagón había contratado a un joyero, Desiderio, su mujer y sus hijos vivían cómodamente sin trabajar y un preceptor había venido al pueblo exclusivamente a enseñar a los varones de la familia en tanto que la señorita Aminta ganaba un sueldo de los Padilla por enseñar a las dos muchachas de la casa.

La hacienda "Los Duendes" se encontraba en el mayor abandono pues ni Desiderio ni sus hijos veían la necesidad de ir a cuidar tierra y ganado cuando tenían una mina tan rica en la casa.

A Petita y a Toña se les presentaron sendos pretendientes. Eran buenos muchachos de las mejores familias de Tecla y parecían dispuestos a casarse pero no fue posible concertar ninguna alianza: Los muchachos mandaron casamenteros a hablar con Desiderio pero éste se negó a aceptar la condición básica que pedían los pretendientes para llevar al altar a las muchachas: que se les diera como dote la gallina que ponía los huevos de oro.

—Estos jóvenes— protestó Desiderio cuando los casamenteros vinieron a hablar del asunto —no quieren a mis hijas sino a mi gallina. Y como es una sola gallina y dos los pretendientes, no veo cómo complacerlos. Además, si uno de ellos se lleva la gallina ¿con qué se quedaría el resto de la familia?

Y aquí surgió el primer conflicto familiar que amenazó con dividir la tribu Padilla. Las muchachas se enfadaron. Petita increpó a su padre:

—Papá, mi hermana y yo nos vamos a quedar solteras por culpa de su maldita gallina. Usted está viejo y no necesita de mucho. Pico, Gume y Goyo son hombres y pueden trabajar la finca. Además, usted tiene dinero guardado para emprender cualquier negocio.

Pero Toñita y yo no tenemos más porvenir que casarnos. Y ahora viene usted a oponerse. Yo me comprometo a convencer a nuestros novios de que una vez que nos casemos la gallina se alterne: una noche en mi casa, otra en la de Toña.

—Es que tú no comprendes hija— recriminó Desiderio. —Lo que yo veo es que Felipe y Andrés no están enamorados de ustedes. Lo que quieren es la gallina. Si la religión y la costumbre lo permitieran, me pedirían la gallina en matrimonio. Y no es verdad que por mi voluntad ustedes van a salir de casa casadas con hombres que lo único que quieren es apoderarse de la gallina.

La señora Clotilde no sabía qué partido tomar. Ella quería la felicidad de sus hijas y le preocupaba que se les gastara la juventud sin matrimonio. En Tecla había unas niñas ricas que se habían quedado porque el papá ahuyentaba a todos los pretendientes porque según decía, éstos lo que buscaban era su dinero. ¿Ocurriría lo mismo con Petita y Toña?

Los tres varones de la familia estaban furiosos con los pretendientes.

—Deja que yo dé con ellos, que les voy a hacer salir de la frente un huevo más grande que los que pone nuestra gallina. ¿Con que lo que quieren son los huevitos, no? Pues huevitos tendrán.

Gumercindo y Goyo estaban de acuerdo en que había que castigar a Felipe y a Andrés, mas no como quería Pico sino dándoles entre los tres sendas palizas. Pero los acontecimientos se precipitaban y la propuesta no prosperó.

VII

En Tecla se había constituido un comité compuesto por hombres y mujeres, inspiración de Nena La Canalera. Ella había invitado a su casa a un buen número de vecinos y sucintamente expuso su plan: Todos los vecinos de Tecla debían unirse en un solo haz para adelantar una acción que tuviera por fin desposeer a Desiderio de la gallina y convertir a ésta en un bien de la comunidad. Una comisión iría a la capital a convencer a las altas autoridades del país de que debía proceder a decomisar la gallina y entregarla para su cuidado y administración a una comisión de personas honorables. Los huevos serían guardados en la caja fuerte de la Tesorería Municipal y cuando se hubiera acumulado un buen número de ellos, se llevarían a la ciudad para venderlos a buen precio. Y si encontraban ambiente para ello, conseguir que se decretara el decomiso de los que se encontraban en el establecimiento de Harpagón.

Fue aceptada la proposición de La Canalera y el Comité se constituyó bajo el nombre de "LOS HUEVOS DE ORO PARA BENEFICIO DE TECLA", y se adoptó la sigla de rigor: HOBT. Se nombró presidente al carpintero Martín, por ser el más fuerte del lugar, a Felipe Pata-e-tigre tesorero y a Nena la Canalera secretaria. Ellos, más el boticario Rosendo y un vecino más cuyo nombre no ha quedado en la historia, viajaron a la Capital y tras muchas dificultades lograron hablar con el Ministro de Gobierno y con el de Hacienda.

La negativa de ambos funcionarios fue rotunda.

Ellos no creían en huevos de oro y no iban a hacer el ridículo ocupándose del decomiso de una gallina.

Nena entonces propuso que fueran a la prensa. Los periódicos le dieron mucho despliegue al caso, pero haciendo mofa de lo que sus directores consideraron “caso ridículo” y trataron de necios, fantaseadores y palurdos a los comisionados.

Regresaron éstos a Tecla con el rabo entre las piernas, pero dispuestos a ir a las vías del hecho. Había que proceder por acción popular. La HOBT no se había constituido para quedar burlada.

Los hijos varones de Desiderio estaban impacientes por actuar. Para ellos todo podía resolverse con entrar a golpes con los que consideraban promotores principales de toda aquella intriga. Se sentían totalmente desvinculados de los vecinos teceleños. Habían tratado de buscar compañeras. Eran sin duda los mejores partidos del pueblo, pero entre ellos y las mozas a quienes pretendieron se alzó como un obstáculo la gallina.

—Estas muchachas teceleñas no son para nosotros— había apuntado Federico al comentar su situación con sus hermanos. —En cuanto uno les habla, no hacen sino preguntar por la gallina. Si hemos de buscar mujeres, habrá de ser en un pueblo donde no se sepa lo de los huevos de oro.

Desiderio, sospechoso de que los muchachos querían recurrir a la violencia, una tarde en la sobremesa los amonestó:

—Nada de golpes ni de estupideces. Si perdemos la calma estamos perdidos. Por lo pronto todo está de nuestra parte. La misión de la HOBT que fue a la Capital regresó con cajas destempladas. Allí se rieron de ella y la prensa la puso en ridículo. Legalmente nada pueden hacer contra nosotros. Esperemos.

—Pero papá— objetó Gumerciendo. —Es que esta situación se ha hecho insostenible. Mire lo que pasó con los pretendientes de Pepita y Toña. Las pobres muchachas están desesperadas. Y a nosotros los varones nos pasa lo mismo. Mujer a quien nos acercamos, mujer que pretende adueñarse de la gallina. ¿Por qué no nos vamos a otro lugar en busca de nuevo ambiente y nueva vida?

—Porque— replicó el padre —a la larga en otro lugar ocurriría lo mismo que aquí en cuanto supiera la gente lo de la gallina, con la desventaja de que nos repudiarían como a foráneos. Tengamos calma que ésto pasará.

Mas Desiderio callaba lo que más temía: que Harpagón pusiera contra él un mandamiento de arraigo por su compromiso de venderle los huevos “a perpetuidad”. Sabía que decir eso a sus hijos era exponerse a sus recriminaciones por haber firmado semejante compromiso.

Así las cosas, llegaron las fiestas patronales. Gentes de los pueblos vecinos acudieron a Tecla, esta vez atraídos más por la curiosidad de saber lo que proyectaba hacer la HOBT que por devoción al santo patrono.

La voz admonitoria del padre Lorenzo se alzó en el púlpito para condenar la envidia o pesar del bien ajeno, pero los feligreses no se dieron por aludidos. En verdad, ni los huevos de la gallina ni la gallina misma eran para ellos “bienes ajenos” sino cosas pertenecientes a la comunidad, usufrutuada por una sola familia.

Y fue una tarde, al llamar las campanas a la iglesia para sacar al santo en procesión cuando la HOBT puso en juego su plan. Teclenños y visitantes se habían aglomerado en la plaza que enfrentaba al templo y el padre Lorenzo se preparaba para encabezar la procesión, cuando Rosendo el boticario se levantó sobre el atrio, extendió las manos en demanda de atención y comenzó su perorata:

--Hermanos teclenños y señores todos:

Antes de proceder al acto religioso de esta tarde yo vengo a nombre del “COMITE DE RESCATE DE LOS HUEVOS DE ORO PARA BENEFICIO DE TECLA”, a decirles unas palabras. Como de todos ustedes es sabido, aquí hay una familia que usurpa el privilegio de una gallina que pone huevos de oro. Entre esa familia y un usurero bien conocido se llevan toda la riqueza que la gallina pone. Hemos buscado justicia en el Gobierno Supremo de la Capital y se ha hecho burla de nosotros. Y ya es hora de que nos hagamos justicia por nuestras propias manos. La gallina debe ser rescatada para beneficio comunal. Consideren ustedes todo el bien que traería a Tecla la posesión colectiva de esa gallina. Caminos, puentes, hosi-

tales, iglesias y sobre todo, turismo. De todos los cuatro puntos cardinales acudirían a Tecla los forasteros para ver la maravilla de una gallina que pone huevos de oro. Ya veo levantarse a las faldas de aquella colina un magnífico hotel para atender a los visitantes. Muy cerca, un gran hospital y una escuela secundaria. ¿Quieren ustedes todo eso y más o se resignan a que la familia Padilla detenga egoístamente el progreso de Tecla y en combinación con el avaro Harpagón maten los beneficios de los huevos de oro?

El orador hizo una pausa mientras mantenía los brazos extendidos y tornaba la cabeza a lado y lado en busca de aprobación y aplauso. Ambas cosas se manifestaron al momento. Nena La Canalera había preparado a un grupo como de veinte muchachos que se agarraron en cadena y comenzaron a gritar acompasadamente:

— ¡Los huevos de oro— para el pueblo! ¡Los huevos de oro- para Tecla!

Pasada la racha de entusiasmo otro orador ocupó la improvisada tribuna.

Presenciaba aquello Esteban, el Lleva-y-trae del pueblo, quien sin esperar el segundo discurso corrió a casa de Desiderio a la que llegó jadeante. Una vez que recobró la respiración lo suficiente para hablar, el chismoso dijo a Desiderio, a quien encontró en la sala con toda su familia:

— ¡Don Desiderio! ¡Don Desiderio! En la plaza

están levantando al pueblo contra usted y su familia. Escóndase, váyase para cualquier parte con la gallina porque si no les va a pasar una desgracia. Al frente va venir Martín el carpintero, que es fuerte y muy violento.

—Ya ésto no se puede sufrir más— dijo Pico.
—Hermanos: ustedes saben lo que hay que hacer. Vamos a buscar las escopetas que compramos en la ciudad y a arrearle bala a la chusma.

— ¡Un momento! —impuso Desiderio. —Nada de violencias. Tirarle a la multitud es arriesgarse a que paguen justos por pecadores. Yo sé lo que hay que hacer.

Fue Desiderio al patio, sacó la gallina de la jaula y la metió en un saco de henequén. De nuevo en la sala dijo a sus hijos:

—Ustedes síganme, pero a veinte pasos atrás. Las mujeres que se queden en casa. Esto se va a acabar de una vez por todas.

Los muchachos no tuvieron tiempo sino para seguir a su padre, quien ya se había lanzado a la calle. Con apresurados pasos seguido a poca distancia por sus hijos, Desiderio cubrió la distancia que había de su casa al atrio de la iglesia, al que llegó cuando el segundo orador terminaba su perorata.

Ni corto ni perezoso y sosteniendo fuertemente el saco con la gallina dentro, Desiderio ocupó el atrio-

-tribuna, bisbiseó en demanda de atención, extendió las manos embargadas con el bulto hacia la multitud y una vez que la gente guardó silencio habló así:

—Señores tecleños y visitantes todos venidos de otros lugares: Por un milagro que no estoy obligado a revelar, cayó en mis manos una gallina que todos los días pone un huevo de oro. De eso hace muchos meses. Desde que se supo que yo era dueño de esa maravilla ni yo ni los míos hemos tenido tranquilidad. Por un lado, he tenido a Harpagón llevándose lo mejor de los huevos y por otro lado la envidia, la maledicencia y la intriga de los vecinos. Hemos vivido en angustia por largos meses. Ni mis hijas han encontrado partidos para casarse, ni mis hijos a mujer que no les haya pedido como adelanto de prenda de amor, la gallina. Jamás nadie se me ha acercado a pedir que ayudara con mi tesoro al bienestar del pueblo. Los intrigantes encontraron más cómodo soliviantar al pueblo contra mi familia. ¿Queréis la gallina? ¡Aquí está! ! Cogéd-la!

Seguidamente y antes de que la gente saliera de su asombro sacó la gallina del saco y la lanzó al aire para que cayera en medio de la multitud.

Los asistentes, sin diferencias de tecleños y extraños se lanzaron contra el ave, la que cayó en medio de la plaza. Muchas manos trataron de apoderarse de ella, mas seguidamente la soltaron, heridos por las aceradas plumas del ave. Pero eso no fue sino la primera reacción. Bien valía la pena herirse las manos por hacerse dueño del ave maravillosa. Esta no pare-

cía hacer caso del peligro que corría. Con sus ojos fosforescentes, mirando siempre hacia adelante, no hacía el menor gesto por escapar.

Muchas manos se hirieron en aquella arrebatifa, pero persistentes, sus dueños procedieron a arrancar las plumas de acero que cubrían al bípodo hasta dejarlo completamente desnudo. Luego unos tiraron de una pata, otros de la otra, varios de las alas y no pocos de la cabeza.

La gallina quedó desintegrada, repartida entre los que habían logrado arrancarle sus extremidades. Nena La Canalera se apoderó de la cabeza y la alzó sobre al suya con un grito de triunfo que pronto se hizo queja plañidera. Fue entonces cuando notó que en el tumulto le habían destrozado el traje y dejado de manifiesto sus interioridades anatómicas.

Desiderio miraba con deleite aquel espectáculo. ¿El pueblo quería su gallina? Pues ahí la tenía, muerta y por tanto sin la virtud de poner huevos de oro.

Después el hombre ya libertado se bajó del atrio y se acercó a sus hijos que atónitos habían presenciado aquella escena:

—Muchachos— les dijo. —Vamos para casa. Se acabó el embeleco de la gallina y ahora viviremos en paz. Desde hoy volveremos a mirar por lo nuestro. Hay que atender el potrero y las siembras.